

## **Sobre una redimida agramaticalidad: Antonio Porchia y sus Voces**

**Pablo Gasparini (Unicamp)**

En una entrevista de 1952, André Breton afirma que “el pensamiento más dúctil de expresión española es, para mí, el de Antonio Porchia, argentino” (BRETON, 1952). La opinión, que proviene quizás de la lectura de la edición francesa de *Voces* (*Voix*, 1949), resulta paradójica si pensamos que aquello que Breton entiende ser el pensamiento poético más dúctil en lengua española es el resultado del trabajo literario de un inmigrante calabrés que, habiendo llegado a la Argentina con quince años de edad, debió aprender fuera de cualquier circuito institucional o académico la lengua del país anfitrión. Por cierto, entre la llegada de Porchia a la Argentina (1902) y la publicación de sus primeras “voces” (1938) transcurren cerca de 36 años, en los cuales podemos sospechar la lenta asimilación de la lengua española reflejada en el plano biográfico a través de los diferentes oficios que Porchia desempeñó en Argentina, ya que en ellos es claro el pasaje de tareas manuales (la costura de cestos o la carpintería) a otros, como el de funcionario portuario, significativamente caracterizado por la exigencia de dominio del registro escrito y oral de la lengua referencial.

Pero la opinión de Breton no sólo resulta significativa por la paradoja de sustentar que lo mejor de una lengua haya sido escrito por un no-nativo de la misma o por la categórica afirmación de una nacionalidad en verdad adoptada (“Antonio Porchia, argentino”) sino también por el contexto transnacional y translingüístico que la afirmación permite evidenciar. De hecho, esta opinión estaría mediada por la traducción que Caillois realizó de las voces de Porchia al francés, es decir, es a través

de la lengua francesa que Breton puede vislumbrar, intuir o imaginar la “ductilidad” de la lengua española de este inmigrante calabrés.

Si esta serie de transposiciones no resultaría curiosa para el “circuito internacional” de cualquier autor consagrado o en procura de entrar a aquello que Pascale Casanova denominó la “República Mundial de las Letras” (el propio Caillois, recordemos, será el gran promotor de la traducción de Borges al francés por el sello Gallimard en 1951) sí parece excepcional para alguien que, como en el caso de Porchia, estaba lejos de pertenecer a la ilustrada, políglota y fervorosamente cosmopolita elite intelectual argentina; una elite que en el paradigma borgeano se entenderá finalmente ajena a las soluciones culturales “criollistas”, promoviendo una literatura que, como manifiesta Borges en el central “El escritor argentino y la tradición” (1953), se considerará heredera de toda la cultura occidental.

En todo caso, para comprender el ocasional reconocimiento del inmigrante Porchia por los altos circuitos de la literatura argentina (pasaje y reconocimiento desdeñados por el propio Porchia y mero efecto de su “descubrimiento” francés) quizás sea necesario instaurar dos paradigmas de análisis diferentes, uno que llamaremos el paradigma del extranjero y otro que, siguiendo ciertos posicionamientos de Vilém Flusser (2007) y Abdelmalek Sayad (1998), llamaremos el paradigma del inmigrante.

En este sentido, quizás la primera cosa que podamos decir es que la propuesta estética de Porchia se encuentra, en principio, muy lejos del colorido “cocoliche” con el cual el sainete y la tradición del teatro popular argentino representaron usualmente la lengua de los inmigrantes italianos. Lengua bestial e índice, como en *Don Chicho* de Novión, de bajeza y degradación espiritual, el macarronismo se lee en esta tradición menos como posibilidad de encuentro o (como en el Juó Bananére brasileño) de ácida crítica social, que como marca de una tenaz

opacidad lingüística que sus autores (sintomáticamente, en su gran mayoría, descendientes de inmigrantes) buscarían — vanamente — redimir.

Lejos de toda “infame” propensión macarrónica, la lengua poética de Porchia se nos presenta, en principio, universal e irreprochablemente dada a la lengua referencial del país anfitrión. No obstante, y como lo destaca por primera vez en la crítica argentina la estudiosa Laura Cerato, podríamos encontrar entre las primeras versiones de algunas voces (editadas por la editorial Impulso en 1943 y 1948) y la edición de la editorial Hachette (1965), una serie de adecuaciones (o inclusive de supresiones) que indicarían la tentativa del propio Porchia de corregir lo que Cerato lee como “ciertas anomalías de construcción provenientes del italiano, que prestan un particular sabor a su palabra” (PORCHIA, 2002, p. 15).

Entre otros ejemplos, Cerato destaca la frecuente reiteración del objeto directo en determinadas voces de Porchia, ilustrando esta particularidad con una de las voces inéditas publicadas en su edición: “Quien hace lo que hace como sabiéndolo hacer lo que hace, no lo hace consigo lo que hace, y no es suyo lo que hace” (PORCHIA, 2002, p. 99, **negrita nuestra**).

Como si Porchia estuviese reproduciendo en el castellano las exigencias de las escuelas italianas contra lo que en su adolescencia (y aun en la época de escritura de estas voces) era entendido como las contaminaciones que los demonizados dialectos pudiesen llevar a la lengua mayor “florentina”, esta corrección de lo “anómalo” podría encontrarse en otras voces que por razones de espacio no podemos analizar aquí. No obstante, fuera de esta pretensión de corrección de las faltas debidas — aparentemente — a la injerencia del italiano (o tal vez a la de los dialectos calabreses que con seguridad eran hablados por los padres y la familia de Porchia) lo interesante es que las mismas, mientras se mantuvieron como parte del *corpus* establecido por el poeta en cada una de las ediciones de su obra, fueron comprendidas menos como anomalías que como posibilidades de lectura.

Por remitirnos a la voz citada, podríamos decir que lo que desde un punto de vista estrictamente gramatical y normativo es vivenciado como un pleonasma pronominal, puede ser leído, desde un punto de vista literario, como una audaz vía de extrañamiento de la lengua. Por cierto, podría pensarse que el objeto directo, lejos de estar duplicado, es decir sustituyendo pronominalmente el mismo sintagma, esté haciendo referencia a elementos en verdad incompatibles sólo entrevistados como idénticos gracias a lo que Vilém Flusser llamaba el hábito y “cobertor” de determinada lengua (FLUSSER, 2007, p. 234). De esa manera, el “lo” de “sabiéndolo hacer” estaría refiriéndose a algo diferente del “lo” de “lo que hace” estableciéndose así una clara distinción entre el “saber” y el “hacer”; distinción esta que lo restante de la voz (que deslegitima el “hacer sabiendo” para priorizar, tal vez en alusión a la propia actividad poética, un “hacer” desde el “no-saber”) parecería confirmar. La posible normalización de la voz (“Quien hace lo que hace como sabiendo hacer lo que hace, no lo hace consigo lo que hace, y no es suyo lo que hace”) perdería de hecho este efecto de no identidad del objeto, aquella falta de proximidad entre el objeto del saber y el objeto del hacer, traicionando el sentido que la voz parece estar instaurando al remitir todo objeto al mero hacer.

Toda “normalización” presupone así una opción de lectura que no sólo “normaliza” la gramática (retrocediendo la lengua al “aquende” de lo permitido), sino que también “normaliza” el sentido, reduciendo las posibilidades semánticas al círculo de lo ya establecido. La normalización operaría, de esta manera, como una especie de traducción del sentido poético al sentido dóxico, suerte de *belle infidèle* que intentaría suprimir la radical alteridad de la lengua (evidenciada en el lenguaje poético) para conservar la ilusión de identidad que liga, férreamente, lengua y sujeto.

Sin embargo, a pesar que esta voz haya sido radicalmente suprimida por Porchia, el campo “agramatical” que la misma abría, y que opera sobre cierto conflicto con la anaforización pronominal, podría encontrarse en muchas otras de sus voces. En

este sentido, por ejemplo, cierto efecto de hipercorrección parece llevar a la supresión de toda *deixis* anafórica suscitando una hiperbólica reiteración: “Y si no hay nada que es igual al pensamiento y no hay nada sin el pensamiento, o el pensamiento es sólo pensamiento o el pensamiento es todo” (PORCHIA, 1978, p. 75). “Cuanto existe con el hombre, sin el hombre, ¿es cuanto existe con el hombre? ¿Es como existe con el hombre?, ¿existe?” (PORCHIA, 1978, p. 81). “La tierra y el cielo me han dado la tierra y el cielo. Y qué poco han necesitado darme la tierra y el cielo, para darme la tierra y el cielo” (PORCHIA, 2002, p. 83).

Entre el pleonasma y la supresión (y antanaclasis mediante) encontraríamos, por otro lado, ciertas adulteración de la reiteración que permiten transformar la mera antítesis (que rige la cartesiana lengua del mundo) en paradoja y lengua del misterio, transformación que siempre aparece inscrita en un acto de desprendimiento por el cual lo prosaico, aun diciéndose con el mismo significante, logra referirse a lo inefable: “El lodo, apartándolo del lodo, no es más lodo” (PORCHIA, 1978, p. 21); “Para librarme de lo que vivo, vivo” (PORCHIA, 1978, p. 88). Por último, y teniendo en cuenta la paranomasia que las voces parecen establecer entre el pronombre complemento “lo” y el artículo neutro “lo” (como, por ejemplo, en la rápida sucesión de estos elementos en “Lo mío y lo de todos, después de buscarlos por todo, sólo hallé lo de todos” (PORCHIA, 2002, p. 80)), el poeta parece encontrar en los mismos tanto la vía para decir su estar en el mundo (“De lo que me ofende, lo único que me ofende es defenderme” (PORCHIA, 2002, p. 56)) como una asumida descomposición del yo, ya que lejos de decirse como un todo unitario es frecuente, como en el *incipit* de varias voces, su predicación partitiva: “Lo profundo de mí es todo”, “Soy lo bajo y lo alto de mí”, “Lo que hay fuera de mí”<sup>1</sup>; llegando, en ocasiones, a los límites de la trasgresión como en “Lo antes que yo y lo después que yo casi se han unido, casi son uno solo, casi se han quedado sin yo” (PORCHIA, 1978, p. 97).

Con este breve recorrido, podríamos concluir que a pesar de aquel intento de Porchia de despojarse de su agramaticalidad, el sabor de la misma remanece en sus voces; remanecencia o sabor que confirma la “retorcedura del Logos” que Ortiz-Osses en “Humanística y aforística” lee como intrínseca al Saber destilado por el aforismo; un Saber que, propio del “Apolo hermesiano de sobrenombre Loxias” (p. 244) dice o logra evocar lo descartado por la rígida gramática del Logos o, en palabras del crítico, “la sunción de lo sobreseído por nuestra razón victoriosa [...] los márgenes de lo real convivido, los residuos de una experiencia aún sin reciclar, las consideraciones intempestivas, los pensamientos sin cobijo oficial u oficioso” (p. 242).

Hacia inicios de la década del 50, Porchia es invitado a leer sus voces en la “Sociedad Argentina de Escritores” (SADE) en un momento en el cual Jorge Luis Borges es presidente de esta institución. Porchia, claro, no poseía trazos de aquella “jerigonza portuaria” que Borges había condenado ya desde su etapa criollista<sup>2</sup> ni tampoco se había ajustado a, precisamente, aquel criollismo que — aunque renegado en ese entonces por Borges — había sido impuesto por las clases dirigentes argentinas a los sectores inmigratorios como forma de neutralizar su “amenazante” diferencia. Sea como efecto del original cruce que Porchia realiza entre la universalización de los conceptos (propia de la tradición religiosa) y la instigación a la praxis propia de la discursividad anarquista (un cruce entre universalismo e inmanencia que no tengo aquí espacio para desarrollar y que origina, a mi ver, el tantas veces señalado panteísmo de esta experiencia), sea como efecto de la “redención” de su “inmigrante” agramaticalidad en virtud — como vimos — de las propias exigencias del género aforístico, Porchia resultaba plenamente asimilable al paradigma — para decirlo con Flusser — no fundamentalista<sup>3</sup> adoptado por la por entonces emergente zona “internacionalizada” de la literatura argentina.

Ocurre en esta manera de situar la recepción de Porchia un descubrimiento singular: Porchia, desde mucho antes de su llegada a la Argentina, estaba ya

“internacionalizado”, sólo que en el sentido que Silviano Santiago rubricaría bajo el título de “cosmopolitismo del pobre”. Su temprana adhesión a la primera organización obrera argentina (la FORA, Federación Obrera de la República Argentina), su participación en la revista de izquierda *La Fragua* (donde, entre 1938 y 1939 publica sus primeras voces) y la fundación en 1941, junto a otros inmigrantes italianos, de la “Asociación de Artes y Letras Impulso” (de cuño anarco-socialista), no sólo se explican por el hecho de ser un trabajador (“trabalhador e imigrante são” — afirma Sayad (1998, p. 54) — “quase um pleonasma”) sino, y principalmente, por la clara orientación cosmopolita y universalista del movimiento obrero argentino, orientación esta no sólo compatible con las matrices internacionalistas que lo fundaron (el anarquismo, el socialismo, el comunismo) sino también por el relevante hecho de que la mayor parte de los obreros “argentinos” eran, precisamente, “extra-territoriales”.

Creo que Porchia es esencial para comprender como este cosmopolitismo del pobre (que desdeña tanto la solución criollista como la alunfardada — la forja cerrada de lo propio — en aras de su convicción ideológica internacionalista) dialoga con el internacionalismo, para seguir la distinción de Sayad, del extranjero, de aquel que puede gozar libremente su diferencia y pretender tener derecho, como afirma Borges, a toda tradición. Si en este trabajo señalamos la convergencia de ambos paradigmas en lo estético-lingüístico (una lengua literaria lo suficientemente extrañada para justificar su valor estético, pero lo suficientemente referencial para alejarse de cualquier riesgo de regionalismo), tendríamos que pensar también su divergencia; pensar por qué las voces de Porchia arraigan (como curiosamente lo hace también el circuito popular de la gauchesca) en la memoria oral argentina. Es gracias a esta memoria por la cual Porchia no tan sólo aparecerá (anónimamente) en los *graffitis* callejeros sino hasta, según Roberto Juarroz (GONZALEZ DUEÑAS, 1998, p. 27), en el margen de una misiva enviada por una prisionera a otra en uno de los tantos centros clandestinos de detención durante la última dictadura argentina; actos estos

que de ser confrontados con la tentativa de *Sur* de corregir algunas voces para una posible publicación en su revista (corrección a la que Porchia se niega y por lo cual retira, discretamente, sus textos de manos del editor) nos lleva a pensar en los límites y limitaciones de la (quizás no tan tolerante) literatura argentina.

## Referencias

BORGES, Jorge Luis. *El tamaño de mi esperanza*. Buenos Aires: Seix Barral, 1996.

BRETON, André. *Entretiens 1918-1952*. Paris: NRF, 1952.

CASANOVA, P. *A república mundial das letras*. São Paulo: Estação Liberdade, 2002.

FLUSSER, Vilém. *Bodenlos: uma autobiógrafa filosófica*. São Paulo: AnnaBlume, 2007.

GONZALEZ DUEÑAS, D.; TOLEDO, A. *La fidelidad al relámpago. Conversaciones con Roberto Juarroz*. México D. F.: Juan Pablos Editor/ Ediciones Sin Nombre, 1998.

ORTIZ-OSÉS, A. Humanística y aforística. *Letras de Deusto*, Universidad de Deusto, 2004.

PORCHIA, Antonio. *Voces*. Buenos Aires: Hachette, [s. d.].

\_\_\_\_\_. *Voces abandonadas*. Prefacio y edición de Laura Cerato. Valencia: Pre-textos, 2002.



SANTIAGO, Silviano. *O cosmopolitismo do pobre. Crítica literária e crítica cultural*. Belo Horizonte: Editora UFMG, 2004.

SAYAD, A. *A imigração (ou Os paradoxos da alteridade)*. São Paulo: Edusp, 1998.

## Notas

---

<sup>1</sup> “Lo profundo de mí es todo. Pero es todo sin yo. Es que todo lo que es profundo solamente es todo” (PORCHIA, 1978, p. 107); “Soy lo bajo y lo alto de mí. No lo bajo de mí. No lo alto de mí. Porque lo bajo y lo alto de mí no he podido separarlos” (PORCHIA, 1978, p. 122); “Lo que hay fuera de mí es una imitación mal hecha de lo que hay dentro de mí” (PORCHIA, 1978, p. 115).

<sup>2</sup> Recordemos que en “Invectiva contra el arrabalero”, Borges contrapone “la honesta habla criolla de los mayores” a la “infame jerigonza donde las repulsiones de muchos dialectos conviven y las palabras se insolentan como empujones y son tramposas como naípe raspado” (BORGES, 1996, p. 122).

<sup>3</sup> En efecto, lejos de vivenciar la cultura como un elemento natural y único (tal como la vivenciaría el sedentario o, en términos de Flusser, el “monoglota”) o aun (como le sería exigido al inmigrante) como un proceso por el cual una cultura debe ser sustituida por otra, el apatrida sin fundamento tendría el privilegio (en Flusser fatídico) de “pairar” (hesitar) entre varias culturas (FLUSSER, 2007, p. 69), experiencia que aquí asemejamos al paradigma universalizante pos-criollista de Borges caracterizado por su convicción de que la tradición de la literatura argentina “es toda la cultura occidental”.